

### ***“Tomar un café”, menuda expresión... ¿lingüística? ¿social?***

A vueltas con el bebercio, cuando alguien nos invita -mejor, nos propone- “tomar un café”, conviene trascender de la literalidad de dicha expresión y entenderla como puro discurso social encaminado a un encuentro al margen de la hora, espacio, costumbre, país, cultura y gustos personales, o sea, “tomar un café” ha perdido su contenido en un claro proceso de dessemantización.

Sin entrar en la casuística del cómo y dónde “tomar un café” -auténtica tesis doctoral de vocabulario, sintagmas preposicionales, adjetivos explicativos y especificativos ad hoc-, la estructura profunda de dicha expresión esconde -sumergida- mucho más que el famoso iceberg filmico: tamaño, temperatura, mezcla y colores, receptáculo y aditamentos. Supone toda una lección de español nivel B2 para los extranjeros en nuestro país.

Como siempre, se ha de recurrir a la enjundia del acto comunicativo en el que se definen cada uno de sus elementos con una función concreta y específica. En este caso, el mensaje resulta capital y se muestra muy propicio a intencionalidad subjetiva, polisemia y distorsiones variopintas y hasta incorrecciones políticas de todo pelo y pelaje.

Parece, pues, que la expresión “tomar un café” ha perdido su esencia aromática y en el discurso social del que venimos hablando, extiende sus tentáculos hacia la ingesta de otros líquidos: agua, vino, licor, infusiones, por ejemplo... “Tomar un café” constituye un modismo, fijo y fijado, en el expresionario de nuestro idioma y, sin duda, me malicio, que para su total comprensión por parte del receptor (foráneo), necesita muletas y apoyaturas explicativas, una exégesis lingüística completa. De momento, ahí lo dejo, porque el verbo “tomar” se las trae también. Sigamos invitando, por ahora, a “tomar un café” porque de buenas a primeras, quedar para tomar un gin-tonic, lo veo algo abrupto y casi invasivo.